

Prostíbulos

Cae fulminado el sendal que cubre los misterios, á medida que transcurre el tiempo.

Sus vastos fulgores dejan entrever poco á poco el desarrollo inconsciente de los vicios, cuyo auge va tomando mayores proporciones, azotando sin piedad ni compasión el hogar del paria.

Por un lado el alcoholismo, tronchando vidas y privando del pan al hogar; por otro lado la corrupción, arrebatando con golpe rudo, preciosas flores que adornan el paisaje de la vida; jóvenes bellas á quien sacude el negro vicio y quienes mustian su preciada existencia con esa carcoma del sacrificio indigno que mancila la gallardía de su honor, curas del deleite.

La miseria, desgraciadamente obliga á todo; aún á prosternar ante el dinero.

Así vemos perderse almas jóvenes en el negro vicio; mu- jeres que deliran por el lujo envidioso que hiere y que á duros trabajos no consiguen, y así con el sacrificio de su preciado tesoro, que sólo pagan los perversos con falaces artimañas.

Pero lo peor de estas obvias realidades son los mercados car- nales, donde se tolera el vicio corruptor y donde por un bajo precio consigue el libertino su presa.

Continuamente y con intenso pesar y desagrado, vemos aumentar en este país—digno de mejor ambiente—la atmós- fera viciada de la corrupción que tanto sonrojo causa y que —si se atiende á víctimas inocentes, violadas por criminales sátiros, en su mayor parte de levita—tantas lágrimas cuesta y á merced de la marcada to- lerancia de nuestras autorida- des.

Ya son bastantes los prostí- bulos que existen, donde se hace el comercio vil y asque- roso de pobres y miserables mu- jeres, cuya endeble y haraposa presencia causa lástima y com- miseración.

Hagamos algo por la mujer. Ya es tiempo de dejar esa somnolencia:

No hace mucho tiempo que la Prensa, señaladora del ce- negal social, comentó con in- dignación un rapto que crimi- nalmente se llevó á cabo por un alto personaje, sin conse- cuencias fatales para la víctima debido á efectos del narcótico que se le suministró, para ocul- tar ante sus ojos y sus sensa- ciones, toda la maldad de ese personaje, de ese negro y vi- llano buitre.

Ahora todo quedó en silen- cio, bajo las sombras del mis- terio. Y como se trataba de una víctima pobre y de un en- copetado burgués y sátiro pu- diente... allí, bajo el turbión de nuestra justicia, que todo arrastra hacia el olvido, menos lo que tiene la propiedad de brillar en las alturas, duerme el sueño del olvido.

Nosotros, aunque pobres, de- bemos hacer justicia por nues- tra propia mano, duramente.

Pero desdichadamente siem- pre son víctimas aquellas sin amparo y sin hermano que venga su desdicha.

Sátiros pobres, los que sí o- bliga la Justicia á cubrir el ho- nor vejado; los que quizá con

Ideas, apuntes y comentarios

El valor en la Mujer

Yo no he pensado jamás, al pensar en el valor de la mujer, en las guerreras, en las políticas, en las avaras, en las intri- gantes, que en todas épocas han brillado en el mundo.

Tampoco he confundido nunca con el valor la sangre fría con que se vé á algu- nas mujeres engañar al padre, al herma- no y al esposo: el verdadero y santo va- lor de la mujer está lejos de la mentira, del fraude, de la ambición y hasta de la ligereza: la mujer para ser valerosa ha de empezar por ser humilde, modesta, piado- sa, amable, digna, prudente; buena hija, buena esposa y buena madre: porque el valor en ella es el resultado y el fruto de todas las demás virtudes que la enaltecen.

Nunca he sido partidaria de la emanci- pación de la mujer, pues en vez de ser un bien, como muchas creen, nos acarrearía grandes disgustos.

¿Para qué quiere la mujer vivir por sí sola? Tal como vive hoy tiene ancha es- fera donde moverse y donde lucir santas y adorables virtudes, y lejos de separarla del hombre, convendría educarla para que viviese á su lado y para que fuera lo que debe ser.

No ha menester valor para seguir una carrera de áridos y monótonos estudios: no lo necesita para manejar por sí sola sus negocios, para luchar con dificultades, para vencerlas, para defender un pleito, ó para matar á quien la calumnia ó la ofen- de: necesita valor para sufrir como cristia- na, para soportar las amarguras de la vi- da y para apartar de su camino las espi- nas, dejando solo las flores: necesita el va- lor para conservar en su hogar el calor, y para que brille en él la luz suave y vivifi- cante de las creencias de la moral mante-

nidas con el ejemplo: lo necesita para tra- bajar en las más prosaicas tareas de la ca- sa á fin de que no falte á su familia la de- cencia,—lujo de las fortunas modestas,— ó la limpieza,—lujo de la desgracia.

Lo necesita para educar á sus hijos, pa- ra consolar á su marido si sufre, para alegrar á sus ancianos padres; este es el va- lor, esta es la hermosa ciencia de la mu- jer, y no la que puede hallar en las aulas ó el que puede desplegar en los combates.

Mujeres valerosas más que nada nece- sita la sociedad, mujeres valerosas que se priven animosamente de las galas que pue- den arruinar á su marido; que se humillen á los incansables, aunque al parecer fúti- les, cuidados del ama de casa, que se do- blequen á coser, á zurcir, á aplanchar, á enseñar á la cocinera á condimentar un plato, y á limpiar la casa para ahorrar, si es posible, una criada. Para defender las grandes cuestiones sociales, para verter sangre en la guerra, para las cátedras y pa- ra otros elevados destinos están los hom- bres: si algún día llega en que la mujer se- pa desempeñar todas esas cosas y no sea necesaria al hombre, en ese día habrán recibido una herida de muerte el hogar y la familia; porque el prestigio de la mujer debe cifrarse en valer para cosas insigni- ficantes en apariencia, pero que son el eje en que descansa el edificio de la dicha do- méstica.

De distintas maneras se ha demostrado el valor de la mujer. La historia nos pre- senta ejemplos admirables de heroicidad.

Dígalo si no Mme. Lafayette, que ocu- pó en la prisión el lugar de su marido....

Emilia Castro Salas
Costarricense

su mano levantan más tarde á la mujer caída... esos ocupan las celdas del presidio.

Pero esos buitres que sedu- cen con engaños y violencias criminales, con dinero y bajo el sendal de poderosos, pulu- lan por las calles y ofenden con su presencia la dignidad de la mujer del pueblo.

M. A. Fallas
Costarricense

La situación en Nicaragua Aquellos polvos traen estos lodos

Eran las 5 de la mañana cuando mis ojos devoraban una hoja suelta que en mi poder se encontraba, titu- lada "La América y el Imperia- lismo Yankee". Llegué por fin, tras lapso corto al término de sus pala- bras, y pude apreciar una vez más la situación de nuestra vecina Ni- caragua.

Y sin embargo, una sonrisa iró- nica vino á herir mi espíritu pa- triótico, que insinuado por hechos legendarios asaltaron mi mente y en ella reapareció la figura de un filibustero audaz William Walker. Han pasado tantos años, medio siglo, digámoslo, y aquella jornada tan heroica fué cooperada por los cinco Estados de la América Cen- tral, volviendo á restablecerse la tranquilidad centro-americana y manteniendo ileso su soberanía.

Pero los tiempos han cambiado, y los Gobiernos de hoy no se pare- cen á los de ayer; que puedan sus- tentar el mantenimiento práctico de ese ideal grandioso llamado so- beranía nacional, mancillada no sólo por la intervención americana, sino "por ellos mismos," la cual ha sido destruida por las concesio-

nes, que á cambio de creerse bené- ficas, han ido fraccionando tanto nuestro suelo, como autorizándolas para mezclarse en nuestra vida na- cional.

Y de ahí deperde la humillación demigrante por la cual atravieza Nicaragua, debiéndosela no sola- mente á los americanos del Norte, sino á sus malos hijos que la mal- quieren.

Y esa mancha histórica recaerá sobre dos ambiciosos: Díaz y Mena. El pueblo norteamericano no se- rá el único responsable.

La presencia en la tierra de los Lágos de las tropas americanas se debe, ya no tanto á la intervención americana, como á las concesiones que les han dado ocasión por sus intereses á ocupar á un pueblo, en estado de revuelta, incapaz por sus gobernantes de velar por ellos.

Y tal acto ha servido para crear una atmósfera adversa á los verda- deros principios de la intervención americana.

La cual ha sido explotada como elemento propicio para lanzar á la revuelta á miles de almas, siendo entonces aquellos que se sirven de esta, los verdaderos responsables de su fatal desenlace y por eso al in- flujo de su presencia la revolución se ha robustecido y claro es se ha au- mentado.

Parece increíble que por sed de mando riéganse infinidad de se- res sobre el campo de batalla, actos que la historia no podrá borrar y que deben ser bochornosos para cualquiera de las entidades que se disputan el mando, al creerse re- presentantes de un pueblo que han teñido con la sangre de sus com- patriotas.

Qué indigno será llamarse su re- presentante!

Y en tal actitud la Corte de Jus- ticia Centro-americana concibió la idea de hacer fructificar la paz en- tre los bandos militantes, pero sus

gestiones aunque poco conocidas, no dieron resultado: la ambición se interponía entre sus nobles ideales, y he ahí de nuevo la carnicería in- humana.

Qué actitud tomará el resto de la América?

Puede decirse que mirará indife- rente al pueblo que hace más de 50 años defendió con su sangre, y claro es—no es heroico empuñar nuestras armas—en pro de intere- ses mezquinos por la sed de man- do de aquellos caudillos, la que ha dado por resultado la intervención americana, y buscar nosotros nue- vos conflictos sería arrebatar nues- tra tranquilidad casi octaviana, cuando ya estamos si no del todo casi sacrificados.

Recorred con la vista un momen- to la América y la veréis que bajo el influjo del dólar, ya casi no es nuestra, pues las concesiones de nuestros gobiernos la han deshecho en girones tan humillante como la intervención americana.

Mientras tanto no hagamos res- ponsables á los americanos del Nor- te, sin anatémizar las debilidades que han cometido los gobiernos centroamericanos inconscientes, pre- parando la vil zancadilla que hoy vemos principia á dar sus malde- cidos resultados.

Antbal Amador
Costarricense

Don Vicente Montero G.

Se cumplió el término de su existencia. Su vida no fué larga como otras, pero aprovechable: un obrero honrado deja tras sí un buen nombre. La probidad es una virtud que enaltece, y Chente fué uno de esos. Deja para los obreros una grata me- moria y para sus hijos un orgu- llo de honradez justificado.

Colaboradores

Suplicamos á nue tros apre- ciables colaboradores sean más lacónicos en sus escritos, pues teniendo que darle cabida á infinidad de trabajos, no nos ha sido posible hacerlo por lo extenso de sus producciones.

Por lo demás estamos agra- decidos y satisfechos.

Todo por deber y justicia

Como dijo un pensador: "la clase obrera siempre es el blan- co de los pretenciosos, que jam- ás se duelen de nuestras ne- cesidades". Raro es recibir un favor de los que se consideran sabios, honrados, caballeros y cultos, contrariándolo el tiem- po porque la vida del artesano es verdad que es difícil como lastimosa, pero digna y llena de privilegios bien merecidos por su sacrificio en el trabajo como la árdua tarea de luchar por la existencia. Me he to- mado el interés de escribir es- tas líneas para combatir con franqueza desde esta tribuna el orgullo y la soberbia de cierta camarilla que desprecia y vilipendia al labriego humil- de, digno de estimación, por- que nunca tiene un momento de reposo y de quietud.

Si á un obrero se le ve ves- tirse medianamente bien, sus- citanse suposiciones infames y censuras amparadas á la ca- lumnia porque el trabajador para ellos no es honrado, ni está llamado á codearse con la aristocracia.

Nosotros no avanzamos na- da en materia de civilización porque mientras exista la pre- tensión y el orgullo tienen que soportar las generaciones el baldón de los cerebros enfa- tuados.

La piedra que lanzamos no es general, porque hay talen- tos bien equilibrados, llenos de modestia y humildad, que hon- ran las páginas de la historia, pero vemos ciertos bachilleritos de poco vuelo que sueñan en los laureles de la eminencia, y entonces el orgullo altanero se apodera de ellos para darse el taca de mirar á los obreros con desdén, cuya indiferencia y desprecio es la demostración de la ignorancia.

Belisario Gutiérrez Chaves
Costarricense

Heredia.—Setbre. de 1912.

El colmo de la democracia

La señorita W. Hansen, que está de cocinera de la familia de un empleado sub- balterno del Gobierno de Berlín, va apre- diendo el idioma alemán y gana el mode- sto salario de cinco francos por semana.

Es hija del popular danés Olle Hansen, ministro de agricultura de su país. El deseo del padre y de la señorita hija era aprender el manejo de los asuntos do- mésticos, empezando por el último pel- daño.

Al lado de cada derecho de que se puede disfrutar, hay siempre un deber que cumplir.

CAMPO PAGADO

AGRADECIMIENTO

Pública manifestación de gratitud doy al especialista en enfermedades de los ni- ños, el inteligente y práctico doctor don Policarpo Trejos, por la mejoría que hoy tiene mi hijo Héctor. Bastante compli- cado estuvo, pero gracias á la Naturaleza y á don Polo, ya está restablecido.—Belisario Gutiérrez Chaves.—Heredia, 14 de setiembre de 1912.